

Opinión

LA FRASE DEL DÍA



“Oremos por los profesores que tienen que trabajar bastante para realizar lecciones a través de Internet y por los estudiantes que tienen que hacer así exámenes”

PAPA FRANCISCO
Jefe de la Iglesia Católica

LA FIRMA INVITADA

Sentido común frente a improvisación



MARGARITA COBOS
Concejala Sostenibilidad

A partir de mañana, los menores de 14 años podrán salir a la calle tras semanas de confinamiento por el coronavirus. Una buena noticia que, de nuevo, se topa con la falta de previsión del Gobierno de España. Y es que en estos momentos -viernes por la tarde-, mientras escribo este artículo, aún no se ha publicado la orden ministerial que establezca de forma clara y concisa qué estará permitido, cómo y dónde. A estas horas, la única información es una rueda de prensa del vicepresidente Pablo Iglesias y muchas, demasiadas, suposiciones.

De momento, sólo sabemos que podrán salir una hora al día acompañados por un adulto, de nueve a nueve, en un radio máximo de un kilómetro y que no podrán utilizar los parques infantiles. Pero, ¿y las playas? ¿Y las plazas? No lo sabemos, por eso es tan necesaria la orden que aclare en qué zonas se puede transitar y cuáles seguirán vetadas para, por ejemplo, reorganizar el servicio de limpieza en nuestra ciudad, centrado en las últimas

“¿Podrán los menores utilizar las playas, y las plazas? No lo sabemos”

semanas en los espacios con mayor congregación de personas como los entornos de los centros de salud, las farmacias, las residencias de mayores y los supermercados. Un escenario que se ampliará, irremediablemente, este domingo.

Ante la ausencia de una hoja de ruta para la desescalada por parte del Gobierno de la Nación, desde el Área de Sostenibilidad Ambiental trabajamos bajo la premisa de un riesgo más homogéneo, por lo que la limpieza viaria se intensificará en todos los barrios y espacios públicos donde prevemos que habrá mayor presencia de personas para garantizar que nuestros niños vuelvan a llenar de alegría las calles bajo condiciones de máxima seguridad.

Una vez más, los ayuntamientos nos vemos obligados a adelantarnos en la toma de decisiones, aunque tengamos que actuar a ciegas y basándonos en el sentido común, que tanto falta en este Gobierno de la improvisación.

DIÁLOGOS (APÓCRIFOS) LINGÜÍSTICO-QUIJOTESCOS/23

Del brusco diálogo entre don Quijote y el obispo de Sigüenza

Poco trecho se habían alejado amo y criado del lugar en el que pernoctaron cuando Sancho divisó un carruaje y cerca de él unos ocho o diez clérigos sobre bestias asnales. Una vez llegados estos, aun atónitos por la apariencia de don Quijote, lo saludaron cortésmente. Y el señor de los demás, a la sazón obispo de Sigüenza, se dirigió a él y dijo así:

—Perdóneme vuestra merced, pero al verlo no he podido evitar una gran pesadumbre, un mal sueño, pues su aspecto me ha hecho recordar esos malditos libros de caballerías que tanto leí en mi juventud y de lo que tanto ahora me apeno y arrepiento.

—¿Por dicha, obispo o canónigo o lo que quiera que sea, es versado y experto en esto de la caballería andante? Porque si lo fuere, no hablaría de este modo tan desafortunado, y si no lo fuere, que es lo que pienso, bien haría en callar y no disparatar de tal manera como lo hace.

A lo que replicó el obispo: —Soy el excelentísimo y reverendísimo don José López de Ohanes, obispo de Sigüenza. Yerra doblemente quien quiera que sea vuestra merced, pues sé más de libros de caballerías que de cualquier otra razón de este mundo y, además, muchos argumentos tengo para mostrarle lo ajustado de mi juicio. Nada menos cuerdo existe en este mundo que esos caballeros andantes, que desparraman utopías, necedades y desatinos y cuyo menester es derribar y malherir al rival.

—Sus hábitos y su condición de excelentísimo y reverendísimo obispo de Sigüenza —dijo don Quijote, muy aira-



LUIS CORTÉS RODRÍGUEZ
Catedrático emérito de la Universidad de Almería
www.luiscortesrodriguez.es

Obispo: “Nada menos cuerdo existe que esos caballeros andantes que desparraman utopías, necedades y desatinos”

D. Quijote: “Estos libros a los que maltrata y degrada han sido durante siglos de mucho gusto para el pueblo”

do—denotan que nunca fue por la angosta senda de la caballería andante, en cuyo ejercicio se desprecia el dinero y el poder, pero no la honra. Su excelencia, que por mucho obispo que sea no ha visto más mundo que el que puede contenerse en veinte o treinta leguas de distrito, ¿satisfizo algún agravio o enderezó algún tuerto? Entonces... ¿cómo es capaz de juzgar a los caballeros andantes como seres disparatados?

—No hay que ir por esos campos dando mandobles como un poseso —respondió el obispo, también algo atribulado y ofendido—, para no pensar que solo

un loco es capaz de entender que en el mundo tenga cabida tal cantidad de famosos caballeros, tanto emperador de Trapisonda, tantos monstruos imaginarios, tantas aventuras descomunales, tantos endriagos, tantas bellas damas, tantos disparatados personajes juntos para lectores de poca sal en la mollera.

A lo que don Quijote replicó: —La libertad que me concede el ser caballero me obligaría a desafiarle en razón de la sinrazón que decís, pero su condición de excelentísimo y reverendísimo obispo me impone el no considerar los agravios, cuya venganza dejaré al Cielo. Que entre caballeros andantes pueda haber en ocasiones disputas, afrentas, las cuales se dirimen y aplacan en el campo de batalla, se puede comprender, pero no que esos juicios, esas afrentas vengan de quien no pisó vez alguna la senda de la caballería. Y dejemos la disputa así. Y no pasemos más adelante.

Uno de los clérigos que acompañaba a su excelencia el obispo López de Ohanes osó entrar en conversación y, dirigiéndose a este, dijo así:

—Mi excelencia, cuya es toda la razón, pues esos infames libros llamados de caballerías todos son una misma cosa y nada diferencia a este de aquel ni a aquel de este, que todos son iguales, con las mismas historias, por mucho que lo intenté, y fueron cientos de veces, jamás me pude acomodar a leer ninguno del principio al cabo. Era un tormento.

La indignación de don Quijote ya no tenía límite. Airado contra lo que consideraba embustes propios de mentecatos, se dirigió con el rostro demudado al clérigo y dijo:

—Unos vamos por el ancho campo del sacrificio y de la ver-

dadera religión y otros por el de la adulación servil y baja y la hipocresía más engañosa. Y a este cura, que no conozco pero que solo pretende halagar a su señor obispo con esas patochadas, bien debiera recordarle la necesidad de una reforma de nuestra Iglesia, sujeta a los abusos de obispos y otras jerarquías, que viven como señores feudales y se preocupan más por sus intereses terrenales, con sus duros diezmos, que por los espirituales.

—Solo la malicia ignorante de un loco puede decir tales cosas de nuestra Iglesia y de sus obispos—volvió a tomar la palabra don José López de Ohanes—. Nada más verlo con ese aspecto de espantapájaros, percibí, desde mi alma cristiana, que solo había procurado el alivio de su locura por parte de una alma caritativa que lo acogiera.

—Señor obispo, aunque no lo parezca por sus razonamientos —respondió harto y muy enfadado don Quijote—, estos libros a los que maltrata y degrada han sido durante siglos de gran provecho y de mucho gusto para el pueblo, que hacía de ellos su entretenimiento. Precisamente su carácter inverosímil hizo que fuera negocio importante en una época en la que la realidad no daba muchas ocasiones para mantener quimera alguna y creer en lo imaginario. El pueblo gustaba de sus héroes al verse en ellos reflejado. Y esta fue su bendita misión.

Nada de lo que dice entra en juicio—respondió el obispo—por lo que permítame dar por concluido este descompuesto diálogo.

Retirose el obispo de Sigüenza con todo su séquito y solos quedaron don Quijote y Sancho. Este había estado sin hablar palabra durante el brusco diálogo.